

Los santos de Asís

Gonzalo Rodas Sarmiento

(segunda parte)

4.- Francisco y su transformación

Fue en una tarde soleada de un bendito día de 1205 que jamás olvidaré. Durante una de mis habituales caminatas por los alrededores de Asís, mirando unos paisajes que me ayudan a la meditación, y sintiendo en la naturaleza las cosas que añoro, iba bajando por un angosto sendero de pequeñas piedras. Ya llevaba un buen rato caminando, y decidí detenerme para orar en la capillita, mi acostumbrado lugar solitario, la única que queda de las dos que construyeron los benedictinos, hace más de un siglo. Una para San Cosme, y la otra para San Damián, protectores de los enfermos. Las pusieron aquí por tratarse de un lugar milagroso, según la tradición, al cual acudían antiguamente todos aquellos que necesitaban curarse de algún mal. Al lado, levantaron una casa pequeña para la comunidad de los monjes. La capilla de San Cosme no permaneció mucho tiempo. El resto estaba aún en pie, pero la capilla de San Damián tenía un deterioro considerable, tras largos años de abandono parcial. El padre Pedro era el único habitante de la casa, y entraba a la capilla un rato cada día para alguna oración.

Quise hacerlo yo también esa tarde, y entré con curiosidad en la capilla, como si fuera la primera vez. Adentro, estaba en penumbras. Seguramente el padre Pedro no tenía aceite para las lámparas, pues vivía en la pobreza. Además, el recinto estaba tan desordenado que me vi en la necesidad de mover algunas bancas, después de quitarles el polvo. Era inútil tratar de limpiar todo. Resignado, me senté frente al bellissimo crucifijo bizantino de gran tamaño que siempre me ha atraído con fuerza. Me gusta que esté acá este ícono de los hermanos distantes. También tuve que limpiarlo, para lo cual me subí en una silla. Después me sumergí en un profundo diálogo. “Mi Dios y mi Todo” era lo que yo decía, cada cierto rato. Pedí perdón a Jesús, porque su presencia había sido pisoteada en Constantinopla.

Al mirarlo, empecé a notar algunos detalles del crucifijo, que antes me habían pasado inadvertidos. En las personas que aparecen en torno a Cristo. Me fijé que además de la Virgen María, el apóstol Juan, la otra María y la Magdalena se destaca un quinto personaje, que no tiene aureola. Y como además vi que estaban puestos los nombres, me acerqué a ese personaje y descubrí que es Cornelio, el centurión.

No sé cuánto tiempo estuve ahí, en un contacto cercano con Jesús. Yo le hablaba y percibía sus respuestas. Necesitaba aclararme en cuanto a cómo seguir viviendo mi vida. Jesús vino al mundo en la pobreza y se fue así mismo, humillado y envilecido como un delincuente. ¿Por qué representó ese rol? Algo nos muestra. Si queremos ser su iglesia hemos de ser pobres.

De pronto supe con absoluta certeza que Jesús me decía “Repara mi iglesia, que se está arruinando”. En ningún momento tuve la más pequeña duda respecto a que Cristo me estaba diciendo eso. Me asombré, y me estremecí de felicidad por esa cercanía, y me comprometí con el Señor a ser muy fiel a su pedido que me llenó de gratitud.

Al principio tomé el mensaje al pie de la letra y me sentí con la bella tarea de reconstruir físicamente el templo, cuyas paredes estaban casi cayéndose. Poco a poco me fui dando cuenta de la real magnitud del asunto. Jesús me estaba pidiendo una tarea mucho más bella aún. La de luchar por reconstruir la iglesia, como grupo organizado, el pueblo de Dios, que también está derrumbándose. Mucha pompa, mucha solemnidad, para asegurar el respeto de la gente, pero muy poca búsqueda del evangelio. Lo que pasó en Constantinopla es la ruina misma.

La iglesita ésa, que a cada minuto se va empeorando, es un símbolo de la Iglesia que formamos entre todos. El signo visible que acompaña a todo sacramento, pues la misión que el Señor me estaba pidiendo era también un verdadero sacramento y por eso decidí que antes de entrar a cumplirla iba a restaurar ese templo, pues ese signo visible iba a ser necesario para mí y para la iglesia. Para no olvidar jamás el mensaje profundo y verdadero que ha de moverme de aquí en adelante. Esa tarde marca un hito en mi vida.

Los cristianos parecemos estar dormidos, como en una noche oscura. De lo que se trata es de ser una persona que tenga que verse o escucharse, algo que moleste, que haga despertar. Quiero que Jesús pueda ocupar mi cuerpo, hablar por mi boca, y que su sangre corra por mis venas.

Volví rápidamente a mi casa y tomé unos cuantos paños que estaban listos para ser vendidos, todos los que pude poner encima del caballo, y partí al sureste, hacia Foligno, pues en la feria podría liquidarlos con prontitud. Obtuve buen dinero por mis géneros, y en todo momento consideré que estaba liquidando bienes que me pertenecían. Para mayor seguridad, vendí también el caballo ya que podía irme de vuelta a Asís con unos amigos.

Lo primero era la reconstrucción física. Ya vendría más adelante el trabajo espiritual, que aún no vislumbraba cómo lo iba a hacer. Recordé las quejas del Papa Inocencio, en ese sentido. He pensado mucho en cómo restaurar la iglesia original, y a lo único que he llegado es al convencimiento de que tengo que ir yo adelante, y restaurarme a mí mismo antes de pretender que voy a cambiar a los demás.

En cuanto tuve el dinero, lo conté y lo puse en una bolsa de cuero. Se la llevé al padre Pedro en San Damiano, lo más pronto que pude. Lo saludé con cortesía, y le insistí varias veces que aceptara el dinero para la reparación de la capilla.

-Confíe en mi proyecto -sostuve, pero no hubo caso. No quiso recibir nada, y menos después que me escuchó decir que mi padre probablemente se iba a enojar conmigo.

Debido a la negativa del padre Pedro tuve que guardar la bolsa del dinero debajo del hueco de una ventana, que era como un verdadero estante, y le pedí asilo al anciano sacerdote. Por lo menos, accedió a tenerme en su casa, lo cual fue una salvación para mí. De paso, había aquí otro signo visible: el clero iba a ser duro de participar en la renovación de la iglesia, pero acogería cristianamente a quienes quieran intentarla. El símbolo era este cura antiguo,

cansado y temeroso. Comprendí que cuando estuviera en mi misión, siempre habría de respetar al clero, y jamás pasaría por encima.

Durante mi estadía en su casa conversé mucho con el padre Pedro, y hasta tuve que salir a pedir limosna para poder mantenernos, pues no quise tocar, para este efecto, el dinero de la reparación. Fue una experiencia difícil, algo que nunca había hecho, salvo aquella vez en Roma, y que me aportó una actitud de humildad. Además, una de estas salidas me permitió escuchar unos comentarios. Que mi padre andaba enfurecido buscándome, y a punto de dar con mi paradero.

Esa misma noche me despedí del padre Pedro, con gratitud, y me fui de su casa, a una cueva que queda muy cerca de ahí, y que Bernardone jamás encontraría. Estuve en ella un mes entero, pasando frío, hambre y soledad. Cada tres o cuatro días iba a la casa del sacerdote a buscar víveres. Me contó que tuvo que darle la bolsa con el dinero a Bernardone, quien se presentó un día, preguntando por mí, y aunque no me encontró, no me buscó más, pues ahora ya tenía el dinero.

Yo no iba a seguir para siempre pudriéndome en esa cueva. Tenía que salir. Y mi padre lo sabía.

Finalmente, salí de ahí, pues no sacaba nada con postergar lo inevitable. Más me valía enfrentar pronto al que era mi padre.

Llegando a Asís, las burlas se dejaron caer sobre mí. Nunca me habían visto tan sucio y descuidado, con una barba que creció de una manera silvestre. La gente creyó que yo había enloquecido, y quizás hasta hayan tenido un poco de razón. Me lanzaban gritos y piedras, lo cual fue humillante, pero no me dejé vencer. Continué con la vista alta, hasta llegar a mi casa. Bernardone se avergonzó de su hijo. Me encerró en el sótano para que nadie más pudiera verme, ni yo llegara a estar en condiciones de salir a perpetrar maldades, según señaló.

Dos veces al día bajaba a hablarme, tratando de recuperar al hijo que él quería tener. Después de una semana infructuosa empezó a darme golpes. Yo no sabía cómo salir de esa situación. Era un hombre prisionero, esclavo rebelde de otro hombre. Para mí, eso nunca tuvo sentido. La oportunidad se produjo cuando Bernardone tuvo que salir fuera de la ciudad por asuntos de negocio. Recién entonces mi madre pudo acercarse a mí, compungida y llorosa. Me habló con dulzura. Pude decirle lo que yo sentía, y le pedí que me liberara. Ella dio su conformidad, pues entendía que eso era lo único que su corazón le dictaba.

Volví a San Damián, limpio, afeitado, con ropa nueva, y provisto de víveres que mi madre me obligó a llevar. Con el padre Pedro cocinábamos todos los días y nos llevábamos muy bien, hasta que un día llegó un emisario del obispo Guido citándome para una fecha próxima en la plaza Santa María Mayor donde se llevaría a cabo un juicio público a mi persona. La querella había sido puesta por mi propio padre, exigiendo que yo le devolviera un dinero que supuestamente había tomado sin su permiso.

-Ya entregué a tu padre la bolsa de cuero -aclaró el anciano Pedro, mirándome-, y estaba intacta.

-Ya no tengo de él más que la ropa -respondí- y la comida que ya comimos.

A la hora indicada me presenté en la plaza. Ya había llegado el obispo Guido, y también mi padre, además de muchas personas que formaban el público. Mi madre estaba atrás entre la gente.

Era un verdadero evento que le tocaba dirigir al obispo, sin estar él muy cómodo en esa posición, intentando reconciliar a un padre con su hijo. Habló todas las fórmulas de rigor, y llegado el momento, Bernardone hizo público su requerimiento, que para mí era tan ridículo.

Cuando me tocó defenderme, dije que si algún dinero había tomado fue para hacer la obra de Dios.

-Para hacer la obra de Dios -opinó el obispo, asombrado- te sugiero que no uses el dinero de tu padre, pues no sabes si acaso lo ha ganado de manera justa.

Bernardone se atragantó con saliva, y se puso a toser, muy molesto.

-Da a tu padre lo que es de tu padre -continuó diciéndome el obispo Guido- y a Dios lo que es de Dios.

Para mí, fue una sentencia tan sabia que quise cumplirla de inmediato. Primero, le expliqué a mi padre que no obtuve, por los géneros y el caballo, más dinero que el que estaba en la famosa bolsa que él ya había recuperado. No me quedé tranquilo con eso. Me saqué la capa, la chaqueta, los zapatos, la camisa y el pantalón. Yo tiritaba, no sólo de frío, sino que también por el miedo de estar entrando en una acción límite. Me saqué también el resto de mi ropa y quedé completamente desnudo. Todas las prendas muy dobladas se las entregué al que hasta entonces había sido mi padre. En mi desnudez pensaba en Jesús, escarnecido por los carceleros.

Aunque tenía la vista un poco nublada alcancé a percibir movimiento en el público. Madres que trataban de que sus hijas no miraran. Murmullos, y también aplausos. Yo estaba renaciendo.

El obispo me tapó con su capa y me abrazó emocionado, mientras Bernardone se retiraba, rojo de indignación y vergüenza. Debe haber pensado que en algún momento yo iba a volver a su casa.

Terminado el evento, el obispo me dio una vestimenta de jardinero que hizo traer para mí. Era una túnica muy pobre, de color castaño que se amarraba a la cintura con un cordón. Hasta hoy, éste ha sido mi atuendo, que en esa oportunidad me puse por primera vez. Le di las gracias al obispo Guido, y me retiré del pueblo cantando, con destino al norte, sin mirar hacia atrás. Pensaba que con toda seguridad muchos quisieran seguir el mismo camino que yo tomé, subiendo una pesada pendiente.

Era un día de cielo azul y suelo blanco.

Quería llegar a Gubbio, donde vive un amigo de mi juventud, el caballero Federico Spadalinga. No estaba muy seguro de que él me fuera a regalar el dinero para reparar la capilla de San Damián, pero mi esperanza me ayudaba a avanzar. Tal vez pudiera darme algún trabajo.

Mucho antes de Gubbio vino la noche, y decidí pedir hospedaje en un convento benedictino. Llegué casi muriéndome. Había caminado mucho, con hambre y con frío. Hasta me atacaron unos asaltantes. Se frustraron porque no había nada para robarme. Me reí de ellos, y les dije que cuando uno es pobre no se asusta de que quieran robarle.

Llegué a este convento y toqué a la puerta. Vino a abrirme después de mucho rato un monje con cara de sueño y me hizo pasar. Me convidó una especie de sopa que calentó en un fogón. Me pasó una manta y me asignó un

rincón donde me puse a dormir unas pocas horas. Muy temprano empecé a sentir las oraciones de los monjes. Fui al lugar desde donde venía esa verdadera música, y recé con ellos hasta donde pude. Casi todos me veían por primera vez, pero el portero ya les había hablado de mí. Después me convidaron un té con un pan y me hicieron miles de preguntas, de dónde vengo, para dónde voy. Yo les contestaba en un contexto amplio de vida completa. Les conté que quería cambiar de vida. Me acogieron bien y me ofrecieron quedarme en el convento. Acepté gustoso. Tal vez era eso lo que Dios quería de mí.

Sí. Tantas veces me había imaginado en una vida así. Me fui quedando. Me destinaron a la cocina, como ayudante de un cocinero gordo. Al principio, sólo me pedían lavar trastos y pelar papas, lo que hacía con alegría. Había tiempo para la oración. Hasta aprendí a cocinar. Y también otras cosas más importantes. Cómo el abad disponía las actividades y se preocupaba de la disciplina y dirigía la oración.

Pensé mucho en mi padre. Me dolía que las cosas hubieran llegado tan lejos. Nunca pude soportar su manera de relacionarse con la riqueza. Rechacé eso a tal punto que yo espero ser todo lo contrario. No podía seguir debajo de la suela de su zapato. Más me dolía el dolor de mi madre. Dios quiera que ella comprenda que esto iba a pasar de una u otra forma.

Llevaba un par de semanas en el monasterio, y el ambiente de recogimiento se tornó en una verdadera encrucijada. Me puse a pensar "¿Qué haré? ¿Cómo lo haré? ¿Serán estos benedictinos mi grupo humano? Con ellos, tal vez podría reconstruir esa iglesia de San Damián". Se lo propuse al abad, pero me dijo claramente que su misión es otra.

El Señor no me pedía quedarme allí. He venido al mundo a algo distinto. A recuperar la pobreza de los seguidores de Cristo. Me había venido bien este descanso para tomar nuevas energías, y darme cuenta del poder de la oración. Se me tranquilizó el ánimo y se suavizó la emoción que aún me dominaba. Me dispuse a partir por esa misma puerta por donde entré. Seguiría mi camino, con vida y esperanza, sin saber bien adónde ni a qué.

Estaba en una contradicción vital, ya que el proyecto de la pobreza estaba necesitando recursos para partir. ¿Y después los necesitará para mantenerse? Eso sí que no podría ser.

Me despedí de los monjes, y seguí viaje hasta avistar las primeras casas de Gubbio, y entrar a la ciudad en que yo quería sentirme acogido. Anduve por calles limpias, como en ninguna otra parte he visto. Sin embargo, mi decepción fue grande, después de arribar al destino que me daba esperanza. Mi antiguo amigo Federico no estuvo muy dispuesto a proporcionarme alguna ayuda. Me recibió en su casa, eso sí, por unos días, y recordamos viejos tiempos, pero la cosa no pasó de ahí.

Al salir de la casa de Spadalunga, llevaba en mis manos una gran bolsa con ropa, supuestamente para mí, pero que fui regalando a los mendigos del camino.

Otra vez fui a parar donde el cura de San Damián, en esta ocasión sin tener que esconderme. Al llegar me arrodillé ante él porque es la persona que más me ha dado, en relación a lo poco que tiene. Tuve que salir a pedir, y todos los días iba a trabajar en el hospital San Lázaro, donde cuidaba enfermos y limpiaba llagas de leprosos.

Mi primera comida obtenida de limosna fue miserable. En mi escudilla se juntó un hueso con residuos adheridos, unas pocas cucharadas de sopa fría, un resto de lechuga y un trozo de pan duro. Me provocaba rechazo, pero estaba tan hambriento que decidí comerme todo eso, y así lo hice. No fue fácil.

Más de una vez Bernardone me vio mendigando por las calles y siempre se enfurecía. Me llamaba la atención rudamente, y yo seguía mi camino.

Fui a ver al obispo Guido y le di las gracias por haberme tratado bien en el juicio. No fui sólo a eso. También le pedí autorización para reparar la capilla de San Damián. Fue lo único que le pedí. Respecto al financiamiento, ya tenía un plan en mi cabeza, y lo puse en práctica. Me fui al mercado, a la hora de más público, me senté en una piedra grande y me puse a cantar como un trovador. La gente empezó a llegar, entusiasmada. Entre canción y canción yo les hablaba de mi proyecto de reparar San Damián y les pedía que me trajeran materiales para dicha construcción. Repetí esto todos los días durante dos años, y cada vez reunía más piedras para llevar a San Damián, donde pasaba el resto del día trabajando como albañil.

A los pocos caminantes que pasaban los invitaba a ayudarme. La mayor parte no me hacía caso, pero unos pocos se quedaban por un rato y volvían muchas veces. Rufino venía bien seguido y pasaba largas horas en San Damián. Es un sobrino de la señora Ortolana, con el cual entablé una buena amistad. También Alberto era asiduo. Tenía ya cierta edad pero era muy entusiasta. Me acompañaba a mendigar, y lo adopté como padre una vez que nos encontramos con Bernardone. Así, éste no me molestó más.

El trabajo de reparación no consistía solamente en acarrear piedras y construir muros. No bastaba con el trabajo físico, pues sin la ayuda de Dios no se puede hacer nada. Por eso dediqué una parte del tiempo a la oración. Me encanta escuchar como Dios me guía. Cierta vez que me puse muy místico tuve una visión fugaz, en que el edificio ya estaba listo, habitado por santas mujeres. Tanto me impactó el realismo de lo que visualicé, que hasta se lo conté a mis amigos y al padre Pedro, dándolo por un hecho seguro.

Mis amigos de juventud me invitan a sus fiestas. Debo reconocer que es una tentación difícil de vencer. Mi hermanastro Ángelo estuvo tratando de convencerme que volviera a mi casa.

-Estoy ganándome el pan con el sudor de mi frente -traté de explicarle.

-Tú vendes tu sudor -me dijo, al irse.

Al poco tiempo, la obra estuvo prácticamente terminada, faltando sólo detallitos. Reparamos todo. Suelo, muros y techo. Construimos una pequeña pieza en el piso de arriba para que el lugar llegue a ser un convento en que habitará un ramillete de mujeres piadosas. Hasta programamos una ceremonia de entrega del inmueble al padre Pedro, y en esa ocasión le regalé un buen frasco de aceite que me conseguí, para las lámparas de la capilla.

Hoy ha venido a ver a Rufino su amiga Bona, acompañada de las niñas Offreduccio. Clara, la mayor se ha puesto hermosísima y ya está teniendo curvas juveniles. Debe andar por los catorce años. Caterina, su hermana, es aún una niña. Las primas vienen a darle ánimo a Rufino. Con su voz cantarina, Clara dice que le encanta el lugar. Yo la escucho desde el techo, donde me he subido a arreglar una gotera, y me pregunto si alguna de estas niñas vendrá más adelante a tener acá una vida de pobreza y privaciones. ¿Aguantarían esa vida? La simple sonrisa de Clara parece decirme que sí.

5.- Clara adolescente

Recuerdo la primera vez que me fijé en Francisco. Sólo lo vi a través de la ventana del comedor. Ahí estaba, en el otro extremo de la plaza, en toda su rebeldía, que contrastaba con sus rasgos faciales finos. Me pareció que discutía con alguien, pero lo hacía de manera alegre.

Esa no fue la primera vez que lo veía. Cuando niña ya había estado, en más de una ocasión, en su tienda comprando géneros con mi madre, pero en esa época no me produjo ninguna curiosidad, pues yo me dedicaba a admirar a los santos y mártires cuyas vidas leí tantas veces, siempre con lágrimas en mis ojos. Me imaginaba los miles de episodios que quisiera vivir yo misma en algún momento en que seré muy valiente. Fue por esos años, que me propuse ser virgen, como María, aunque en ese instante no era capaz de comprender todo lo que significaba.

Cuando fui creciendo, los muchachos querían bailar conmigo y trataban de conquistarme. Yo siempre he sido tímida, y además no me gusta esa vida vana y superficial que la sociedad nos impone. Entablé amistad con un joven simpático que vivía cerca. Su nombre es Raniero de Bernardo. Un día me declaró que quería casarse conmigo, y hasta me trajo un anillo, teniendo yo apenas catorce años. Casi salí arrancando, pero volví a mi serenidad y le expliqué un poco la situación, pues yo no pretendía casarme todavía, si es que alguna vez.

Juan Ventura me miraba con ojos largos, aunque sabía que yo estaba vedada para él, pues es un simple soldado de la escolta de mi padre, y viene a casa a realizar toda clase de trabajos menores. Hasta he llegado a sospechar que alguna vez me espió por la cerradura de la puerta, pero preferí no decir nada, sin tener pruebas.

El asunto se puso negro cuando mi papá me comprometió para casarme con Paolo, un joven noble, muy rico, que tenía 17 años. La boda quedó fijada para cuatro años más porque soy muy niña todavía. Mi padre creyó que era su obligación preocuparse por mi destino, y me comunicó la mala noticia como si fuera muy buena, sin dar pie a la opinión contraria que yo pudiera tener. Sólo me atreví a manifestar algo de mi disconformidad, que no tenía fuerza alguna frente a la férrea posición de mi padre. Él fue siempre como un muro con el cual estrellarse.

Por el momento, no tengo ninguna intención de vivir de manera convencional como han hecho todas las niñas siempre. No quiero aceptar que los demás me obliguen a casarme. Quizás algún día me caso, si me enamoro. Simplemente, no acepto el compromiso que me imponen. Es muy pronto para aceptar así no más a uno que mis padres consideren conveniente. Algún día adquiriré un compromiso, sin duda, pero será a algo que esté inscrito en mí. Sólo a Dios obedezco. Quiero mucho a mis padres y espero que me comprendan.

Mi tío Monaldo, fiel a las odiosas costumbres de esta época, no perdía oportunidad de ponerme verdaderas trampas de modo que yo quedara a solas con un Paolo presionado para ser un conquistador orientado a lo físico, y no a lo romántico. En esas oportunidades, sí que salí huyendo.

Tanta fue la seriedad que se le dio en la familia a nuestro presunto compromiso, que mi mamá se puso a organizar los trajes, y hasta lo que comeríamos en mi boda. Yo no soportaba tanta lesera.

-Mamá, no quiero casarme con ese joven que vosotros me asignásteis.
-No te vas a casar todavía. Además, tu padre lo escogió para tí. No hay un caballero mejor que Paolo. Deberías estar feliz.

-No tengo nada contra él, pero no lo amo.

-Ya lo amarás. Vas a ver.

-Tú eres muy sometida, mamá, pero yo no lo soy.

-Niñita, no te pongas difícil.

-Mamá, tú puedes convencer a papá. Hazlo por mí, ¿ya? -me puse tierna. Casi siempre tengo buena relación con mamá, menos en esto de llevarle la contra al señor feudal. Se me salió eso en voz alta, parece, porque escuché una palabra golpeada:

-Respetar a tu padre.

Comprendí que por la vía de mi madre no conseguiría nada. No queriendo hacer perder tiempo a aquel apuesto caballero que me pretendía, decidí hablar directamente con él. Lo hice cuando vino a verme en una tarde lluviosa y nos sentamos cerca de los leños encendidos.

-Estás lindísima, Clara -me susurró con una bella sonrisa.

Le hice unas morisquetas poniéndome fea, y los dos reímos.

-Eres muy gentil, Paolo -le expresé con frialdad- pero sé que no congeniaremos.

-¿Cómo sabes?

-No tengo intenciones de casarme.

-Pero... si falta mucho.

-Es mejor que cortejes a otra niña.

-Estoy enamorado de tí.

-Y yo no -completé la declaración, y después llamé a Caterina, que es mi cómplice para estas cosas, y nos pusimos a jugar con ella.

Necesité muchas conversaciones como ésa para recuperar mi libertad. Y también más de una oración frente a la cruz de Cristo. Él, siempre me ayuda. Veo en Jesús un amor inmenso. Puedo hablarle en silencio horas enteras. Le cuento lo que Él ya sabe, que hay pobres y ricos, y que la codicia y la agresividad mueven a las personas, que construyen y destruyen con igual facilidad. Siento como si hoy mismo el hombre siguiera clavándole lanzas a Jesús.

Mi antigua duda empezó a tener respuesta frente al crucifijo. El evangelio es la verdad, y en cambio, la vida está llena de errores. He estado muy tomada por una frase del evangelio que escuché en la misa el domingo pasado. "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto". Es una manera de expresar la respuesta a esa duda que yo tenía. Se han llevado la verdad y no se la encuentra. Y se han llevado el amor. También se han llevado al niño Dios y no se sabe dónde lo han puesto. La oración me reconforta y me enseña a vivir. Jesús va conmigo en todo momento.

Bona me contó de la ruptura de Francisco con su padre, cuando quedó desnudo en la otra plaza. Prefirió eso a seguir viviendo como esclavo del hombre enérgico. Lo encontré tan maravilloso que me encantaría ser capaz de hacer algo similar. Yo estaba recién empezando a vislumbrar lo buena que puede ser la vida al lado de un hombre a quien admire.

La otra tarde fui con unas amigas a la plaza, y estaba Francisco, vestido pobremente, cantando canciones hermosas por unas pocas monedas. Alguna

gente se reía de él, y hasta le tiraban barro. Mis amigas afirmaron que Francisco se había vuelto loco.

Lo que me ocurrió a mí fue extraordinario. Sentí una gran atracción por Francisco. No fue una afinidad sensible, sino mucho más profunda, espiritual. Imaginé que ese hombre rezaba y le pedía algo a Dios. Yo no sabía qué, pero quise que el Señor le concediera lo que él solicitare. Me resigné a no saberlo jamás. Hablé así al Señor. "Por favor, concédele lo que te pida". Sentí esa oración en mí, y también una gran felicidad de estar colaborando con un granito de arena.

Si yo me atreviera a contarle esto a alguien, me dirían que me enamoré a primera vista. En cambio, yo agregaría que con un amor divino, gratuito, a cambio de nada.

Me sentí plena de amor, fascinada, encantada. Supe con certeza que yo estaba dispuesta a dar mi vida por él en ese mismo instante si las cosas se dieran así. Francisco irradiaba una luz invisible que yo quería seguir. Él debe haber percibido lo que me pasaba, porque se me acercó. Creo que muy pocas personas entenderían la real dimensión de esto que viví.

-Dios te bendiga, Clara -fue lo primero que me dijo, con un hermoso timbre de voz, y me agradeció a nombre de los pobres, pues él sabía que a través de Bona he estado proporcionándoles alimentos que yo misma he sacado de lo que había para mí. No siempre me dan permiso para salir a la calle.

-Hermana cristiana -agregó después, sonriendo. Creo que Francisco sabe más de lo que expresa. Es un hombre grandioso.

Hasta me he atrevido a decirlo en mi casa, durante la cena, con esas mismas palabras. Eso me significó obtener un reto de proporciones, que escuchó hasta Juan Ventura. Y más encima, mi padre, muy enojado, me ordenó retirarme de la mesa inmediatamente.

Admiro a Francisco y sus amigos. No tengo idea qué va a pasar con esto, pero sé que mi vida está con él. Puede que sea un sueño imposible..., esto de unirme a un hombre que rompa esquemas. Y no al hijo de un hombre poderoso que quiere armar sociedad con el mío, yendo yo al sacrificio. ¡Qué distinto es Francisco!

6.- Bernardo y su cambio de vida

El cielo está amenazante. Nubes cargadas de agua se aprestan a caer en cualquier momento. Una tibia brisa intenta acariciarme, mientras me miro y trato de entender cómo llegué acá. Es un pueblito acogedor, y no me extraña el lugar sino el instante. No es el entorno lo que quiero comprender, sino yo mismo, vestido apenas, comiendo con agrado un trozo de pan duro que recién me dieron, por caridad.

Al recorrer estas callejuelas he venido pensando en los cambios que ha tenido mi vida ahora último. Mi amistad con Francisco ha perdurado a lo largo de muchos años, desde que éramos niños intentando transformarnos en adultos. Estuvimos juntos en miles de fiestas, cantando y bebiendo muy alegres. Nunca nos faltó el dinero, pues siempre nuestros padres han trabajado en el comercio y fue así como teníamos lo que quisiéramos.

Cuando me fui a estudiar a la Facultad en Bolonia, Francisco ya estaba un poco retraído, como hastiado de tanta jarana, buscando nuevos caminos.

Volví años después, con un flamante doctorado que no me sirvió de mucho porque, a pesar de tenerlo, tuve que trabajar en lo de mi padre. El negocio prosperó sin dificultad. De todos modos quedé inquieto pues no era eso lo que me gustaba. Y busqué a Francisco, fuera de la bulla mundana. Preguntando a los amigos comunes pude llegar a él con relativa facilidad. No estaba lejos. Se dedicaba a recorrer las calles de Asís recolectando elementos de construcción que después llevaba al campo, con paciencia y esfuerzo, para reconstruir capillas, como San Damián, San Pedro de la Espina, y Santa María de los Ángeles.

Mi amigo Francisco cambió mucho en poco tiempo. Muchos lo creyeron loco y lo ridiculizaban. Varias veces he tenido que defenderlo de agresiones. No es que yo sea muy vigoroso ni fuerte, mi defensa era verbal, bien pronunciada. Todo empezó cuando fui a verlo a la capilla que él estaba arreglando. Nos abrazamos al vernos después de tanto tiempo. Siempre ha sido mi mejor amigo. Le llevé unos elementos de construcción, y hasta me quedé un rato ayudando. Su construcción era una verdadera invitación a agruparse con él.

Nos sentamos a conversar y estuvimos desde el mediodía hasta el ocaso sin darnos cuenta cómo pasaba la hora. Nunca antes en mi vida yo había hablado tanto, pero el que más habló fue Francisco. Me contó de su nueva vida pobre, de acuerdo al evangelio, y de su ruptura con Bernardone, y de cómo aprendió a pedir limosna, a pesar de haber sido alguien que no tenía necesidades.

Hoy me parece que hiciera siglos de eso. Es que yo mismo estoy tan cambiado.

Esa vez me explicó cómo se le fue manifestando su vocación, que se le despertó de a poco y lo habitó intensamente durante la misa en la fiesta de San Matías, el apóstol que reemplazó a Judas. Francisco me contó que cuando oyó a Jesús exhortándonos a no abastecerse de oro ni plata, ni llevar alforja para el camino, ni zapatos ni más de dos túnicas, se llenó de alegría hasta tal punto, que se levantó de su asiento y le pidió al sacerdote que le explicara ese evangelio. En realidad, no necesitaba aclaración alguna, sino hacer reflexionar al cura, pues mi amigo ya estaba anhelando retornar a la iglesia original.

-Esto es lo que yo busco -exclamó Francisco, con gran entusiasmo, en cuanto el sacerdote explicó el evangelio.

No me costó descubrir lo esencial de toda esa historia. Francisco ha iniciado un camino nuevo, incomprendido, y por eso mismo restaurador de las personas. Sus palabras parecían morderme por dentro, y continué así durante los meses que siguieron.

Quise descubrir qué le pasaba en el fondo a Francisco. Lo invité a mi casa, en la que ha estado una infinidad de veces, y él acudió gustoso. Continuó siendo mi amigo aunque hayamos estado viviendo vidas tan diferentes.

-Es un agrado estar nuevamente en la mansión de los Quintavalle - exclamó con optimismo.

Francisco siguió yendo a mi casa, muchas veces.

-¿No te importa que te traten como a un loco? -le pregunté una vez, y se rió de buena gana. Me sentí mal porque fue como si yo mismo lo tratara así.

No comía mucho. Nuestras cenas eran sólo de compartir lo que estábamos viviendo. Se nos hacía tarde cada vez, y Francisco se quedaba a dormir en mi casa. Me hablaba de los evangelios. Así fue como me di cuenta

que él ocupaba muchas horas en la oración. Se levantaba en plena noche a dar gracias a Dios por sus bendiciones. Las primeras veces yo dormía sin problemas, pero cierta vez me dio mucha curiosidad. Yo no sabía si estaba con un loco o con un santo. Fingí dormir y traté de entender lo que Francisco repetía una y otra vez, en voz baja pero audible.

Con mis ojos a medio cerrar lo vi levantar sus manos durante largo rato y rezar con lágrimas. Tras varias repeticiones logré descifrar lo que decía:

-Dios mío, tú eres todo.

Quedé tan impresionado esa noche, que me levanté, sin hacer ruido para no molestar, y me hincé a su lado a repetir "Dios mío tú eres todo" y hasta levanté los brazos un rato, pero me cansé pronto. Francisco sacó su librito, lo abrió y me leyó aquel pasaje del evangelio de Juan, en que Nicodemo visita a Jesús en la noche. Cuando ya me estaba sintiendo un Nicodemo, dicho personaje preguntó:

-¿Cómo puede un hombre nacer de nuevo?

Eso me llegó hasta adentro. Era como si yo estuviera tratando de nacer de nuevo. Recé junto a Francisco con mucha devoción hasta que aclaró el nuevo día y sentí necesidad de tomar desayuno. Nos servimos un café, y entonces fue que le pedí si podía admitirme como su discípulo. Fue un tremendo paso para mí, y pude darlo porque estaba conmovido.

-Haré lo que me mandes -agregué.

Francisco se alegró de verdad y me miró con asombro, y después se puso un poco más serio.

-¿Estás seguro? -quiso saber.

Acepté con mucho entusiasmo y, a pesar de todo, mi amigo me señaló que el camino es pedregoso, y me sugirió ir a preguntarle a Dios. Esta vez fui yo quien cambió del asombro a la seriedad, pero como ya conozco sus figuras de lenguaje, estuve de acuerdo. Partimos a la misa de la Catedral, que ya estaba por empezar. Aunque llegamos un poquito tarde, asistimos al culto con devoción.

Cuando terminó la misa, la gente empezó a retirarse, uno a uno, se persignaban y salían, menos nosotros dos, que permanecemos en oración por un largo rato. Cómo sería, que vino hacia nosotros el canónigo Cattani, un hombre maduro. Saludó a Francisco efusivamente, y a mí no tanto, pues sólo me conocía de vista. Pedro Cattani no es sacerdote pero parece que lo fuera.

Desde luego sabe mucho más que cualquiera, ya que tiene estudios teológicos y una cátedra en la universidad. Por eso fue nombrado en tan alto cargo. Y él ha venido hasta Francisco porque lo admira.

Después de conversar un poco nos preguntó en qué andábamos. Francisco le contó que yo estoy discerniendo mi futuro y él me está ayudando. Cattani quiso ayudar también.

-Vengan conmigo -dijo levantándose del asiento, y salimos los dos detrás de él a través de la nave lateral hasta llegar adelante donde estaba el libro de misa. Cattani puso sus manos sobre el misal y pronunció con lentitud una oración que estaba improvisando en ese momento. Luego, Francisco hizo lo mismo, usando palabras bellas. Después de un breve lapso me miraron a mí. Me demoré un poco, pero puse también mis manos sobre el libro y recé un padrenuestro. Se produjo un silencio tan intenso que todo parecía estar listo para empezar a moverse.

-Abre el libro en la página que el Señor quiera -me señaló Cattani, y yo abrí en cualquier página, la que quiso salir. Era el evangelio de Marcos, en aquella escena en que el joven rico corrió y se arrodilló ante Jesús preguntándole:

-¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?

Fui leyendo con lentitud, asombrándome de cómo el evangelista estaba totalmente puesto en el personaje, sintiendo el cariño con que Jesús lo miraba. Poco a poco fui entrando también yo dentro de ese joven rico.

-Una cosa te falta -escuché decir a Jesús-, anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres-. A esa altura ya casi no pude seguir leyendo porque se me nublaron los ojos, con la emoción de estar siendo llamado por Dios de esta manera tan bella. Francisco también lloraba, pero lo que me sorprendió fue que hasta Cattani tenía unas lágrimas.

Me quedó muy clara la voluntad del Señor para mí. Por algún motivo ha tenido que salir tal escena y no otra. En ese momento no atiné más que a estar en silencio, despidiéndome ya de mi vieja vida para recibir la nueva. Yo no estaba solo en este suceso. Siendo Cattani un hombre rico, también fue tocado profundamente por la lectura. Y él rompió el silencio dirigiéndose a Francisco:

-“O Dios o el dinero” me dijiste una vez.

Francisco se limitó a sonreír y me hizo pensar que ya estaban en conversaciones desde hacía algún tiempo. Cerré el libro, y los tres caminamos hacia afuera del templo. Cuando me despedí de Cattani estábamos emocionados los dos. Volví a casa con Francisco y no necesité agregar ni una sola palabra. Empecé a asumir que mi vida en el siglo había dejado de tener sentido.

Pensaba si acaso yo era capaz de hacer lo mismo que Francisco. Mis posesiones se las podía dejar a los trabajadores. ¿Por qué no? No me decidía, así, tan fácil. Ya no quise seguir indagando qué le pasaba a Francisco, sino por qué me ocurría a mí también.

Tanta perseverancia tuve, que resolví juntar aquellas pertenencias pequeñas de porte pero valiosas, y nos dirigimos hacia la plaza San Jorge en que me puse a venderlas. El dinero lo repartí entre los pordioseros, viudas y huérfanos. Se juntó la gente, y entre medio estaba el padre Silvestre, un tanto preocupado. Francisco me contó que una vez le había comprado unos morrillos, piedras en buenas cuentas, a un precio bajísimo. Y por eso, en esta nueva ocasión, llamó al sacerdote y le dio una parte del dinero que habíamos recolectado. Eso volvió a poner contento al padre Silvestre, pues se estaba saldando una antigua deuda.

La gente de la plaza me criticaba. Escuché quejas como “de esa manera no se mejora la situación de los pobres”, y “si todos los comerciantes hacen lo mismo, nos arruinaremos todos”.

No les contesté nada porque no se me ocurrió a tiempo una respuesta adecuada. En realidad, todavía la estoy pensando. En este momento, hasta me cuestiono. ¿Podré seguir viviendo así? Lo que más quiero es ser capaz de eso, pero no me está siendo nada de fácil, acostumbrado como estoy a enorgullecerme de mi apellido.

Ya no me importa no tener todos esos bienes materiales que tuve antes. El resto de ellos los vendí con absoluta tranquilidad, y llevé el dinero a los hospitales. Luego me dirigí a la Porciúncula, donde ya me quedé. Estaba comenzando la primavera de 1208.

La Porciúncula es una pequeña porción de terreno, en medio de un bosque, muy cerca de Asís, a poco menos de una hora, caminando lento. Me gustó el lugar, solitario y lleno de paz. Ahí mismo hay una pequeña capilla dedicada a la virgen María, que Francisco está refaccionando, y ahora yo también. He empezado a amar cada piedra de sus muros, sus dos inmensas puertas y sus tres minúsculas ventanas.

Los benedictinos camaldulenses, del monasterio San Benito, en el monte Subasio, permitieron a Francisco irse a vivir a la Porciúncula. Además, le proporcionan aceite para las lámparas, pues ese preciado elemento se considera como si formara parte de la edificación. Un par de veces les hemos llevado pescados del lago Trasimeno, aunque no alcanzan ni para una idea de pago del censo que correspondería.

Aquí comenzó a existir ese día nuestra comunidad. Francisco me pasó una vestimenta como la suya, un simple hábito de un color indefinido grisáceo, con una cuerda a la cintura.

Al anochecer de ese mismo día llegó otra persona y se incorporó a este naciente grupo. Era nada menos que Pedro Cattani, que también estaba renunciando a sus bienes, a su posición como canónigo, y a su cátedra universitaria. Recibió de manos de Francisco igual vestimenta que la nuestra. Nos miramos y no podíamos parar de reírnos, lo cual para mí fue algo insólito, pues siempre he sido un tipo más bien serio y hasta me han dicho que soy pesimista.

Construimos una pequeña choza para cada uno, a unos diez a quince metros de la capilla, y a partir de entonces nos hemos dedicado a la oración, que ya estoy aprendiendo, y a pedir limosna para alimentarnos. Eso es mucho más difícil de aprender.

A propósito de eso de construir chozas, Cattani se preguntaba en voz alta si estaríamos en un Tabor del cual habrá que bajarse después. Como yo no entendía mucho, Pedro me explicó lo de la transfiguración del Señor, y eso me incentivó a leer el evangelio y captar la sabiduría que hay en él.

-La pobreza no es un objetivo en sí misma -señaló Francisco-. Es simplemente la manera de conocer a Jesús y descubrirlo dentro de uno.

En el pueblo nos llamaban Penitentes de Asís, título pomposo que puede parecer bien a algunos y mal a otros. A la gente rica no le gustó esto que estaba pasando con nosotros. Oíamos gran cantidad de lamentos, en igual medida que el gozo que le daba a Francisco, que se entusiasma y sueña.

-Cuando seamos siete, los enviaré a predicar al pueblo -agregó Francisco. El ya ha salido varias veces a hablar a la gente en las plazas. No les platica acerca del juicio final ni de la condenación eterna de los pecadores, como sería un sermón típico. Francisco decidió cambiar el punto de vista. Habla de la paz, y de perdonar a los que nos ofenden. Insiste en que la manera de vivir no puede basarse en el miedo sino en el amor.

Ya empezó a pensar en las reglas de vida que vamos a tener, las que deberían ponerse por escrito. Nos habló de normas de cómo seguir a Jesús en fraternidad, siendo pobres, al servicio de los necesitados, anunciar el evangelio, trabajar y orar.

Hoy me ha tocado salir con Francisco a conversar con la gente y a pedir limosna. Él se fue por el lado más peligroso y me dejó a mí el más benigno. Quedamos de juntarnos a las siete de la tarde en el lado de afuera del templo.

Aquí estoy esperándolo, pues falta poco para las siete. Ya me comí todo lo que pude recolectar. Lo devoré, en realidad, porque tenía un hambre bárbaro.

Ahí viene Francisco. Al llegar abre su bolsa en la que trae unos pedazos de pan que le dieron, y los pone sobre una improvisada mesa que armó en una piedra grande, usando la bolsa como pequeño mantel. Me pidió agregar lo que había obtenido yo, para así empezar a comer.

Por eso estoy rojo de vergüenza. No sé cómo explicarle que ya di cuenta de lo que debía aportar. Francisco ríe, y me ofrece sus panes. No acepto, por supuesto. Supongo que debería echarme a sus pies, pero no me animo a hacer tal acto de humildad. Prefiero inventar que ya estoy saciado.

(fin de la segunda parte.

Continuará)